

playas brasileñas, sería una de las investigaciones más curiosas de la historia primitiva y derramaría torrentes de luz en puntos misteriosos que envuelven en tinieblas muchas cuestiones de alto interés para el Nuevo-Mundo.»

El 22 de Noviembre llegó la escuadra al extremo oriental de Haiti, ó la Española, como la llamaba Colon.

Los navegantes estaban ya fatigados y anhelaban el momento de llegar al término de su viaje.

La idea de encontrar á los españoles que allí había dejado Colon les halagaba, y apenas supieron su proximidad, el desaliento cesó y el ánimo volvió á sus pechos.

Fué aquel el momento en que la escuadra se presentó á los atemorizados ojos de los vasallos de Guacanajari.

Capitulo XLIII.

Una revelacion dolorosa.

Durante la travesía ocurrió á bordo de la *Mari-galante* una escena que conviene á mi propósito relatar, por tomar parte en ella dos personajes que sin duda alguna habrán despertado algun interés en el ánimo de mis lectores.

Oscurecido entre los tripulantes iba Américo Vespuccio, más anheloso de hallar consuelo á los pesares de su alma que de asistir á los descubrimientos y recrear la vista con aquellas fértiles y pintorescas islas que parecian salir á recibir á las embarcaciones y á ofrecerles gigantescos ramos de flores.

En el mismo navío iba el paje que con tanto interés procuró embarcarse al servicio de Colon.

Tambien se hallaron en su rostro las huellas de una profunda tristeza.

Avidos los navegantes de descubrir tierra prometida, empleados otros en las faenas marítimas, apenas reparaban en ellos.

Pero esa especie de fluido magnético que el vulgo le define con el refran famoso de «Dios los cria y ellos se juntan,» les hizo reparar el uno en el otro y simpatizar, porque acaso en el fondo de su alma era uno mismo el pensar que sentian.

Una noche, reunidos los dos sobre cubierta estaban á muy corta distancia, apoyados sobre la galería del navío, bañando sus miradas en la melancólica luz de la luna.

Por primera vez oyó el paje nombrar al jóven que tantas simpatías le habia inspirado.

Américo tué á cumplir una orden que le habian dado y regresó poco despues al mismo sitio.

El paje estaba alli.

—Perdonad, caballero, pero he oido que os han nombrado hace poco y segun recuerdo vuestro nombre es Américo Vespucio.

—Para lo que gustéis mandar.

—La providencia nos ha reunido aquí.

—¿Qué decís?

—Que no en vano me habeis inspirado desde el primer momento grandes simpatías. Vos sufrís sin duda alguna; yo tambien sufro y esto nos ha hecho estimarnos sin conocernos.

—¿Vos, tan jóven sufrís?—dijo Américo reparando en el paje.

—Sufro y os necesito.

—¿A mí?

—Sí; tengo la orden de haceros una revelacion importante. Acaso despues que sepais todo lo que pienso deciros nazca en vuestra alma afecto para mí y sintais vos deseos de ampararme.

—Hablad, hablad; vuestras palabras despiertan mi curiosidad.

—Casi todos duermen,—dijo el paje;—velemos nosotros confiándonos nuestras penas. ¿Sois italiano?—añadió.

—Sí; florentino.

—Habeis permanecido en Sevilla algun tiempo empleado en la factoría del duque de Médicis?

—No os equivocais.

—¿Ha sido vuestro jefe don Alfonso Orlini?

—Me conoceis entonces?

—No, á bordo os he visto la primera vez de mi vida, pero mucho antes he oido hablar de vos.

—¿A quién?

—A Esperanza,—añadió el paje bajando la voz.

Aquel nombre resonó en el corazon de Américo como un remordimiento.

—¿Esperanza habeis dicho?

—Sí; conozco vuestro secreto.

—Pero, ¿cómo os lo ha relevado?

—Antes de pasar adelante, para que tengais plena confianza en mí, os diré en breves palabras quién soy y qué circunstancias han impulsado á esa mujer á hacerme su confidente.

—Sí, sí, os lo ruego, porque ese secreto no debía conocerle más que Dios y nosotros.

—No soy lo que parezco,—añadió el paje,—y al daros esta prueba de sinceridad, imploro desde luego vuestra proteccion porque la necesito lo mismo que el secreto.

—Os empeño mi palabra.

—Pues bien, yo soy una mujer desgraciada.

—¡Una mujer!

—Sí, una mujer á quien un hombre ha hecho la más infeliz del mundo, á quien ha engañado cobardemente, á quien ha dado su nombre y su mano para abandonarla y condenarla á un eterno martirio.

—¿Y cuál es el objeto de vuestro viaje?

—Buscar á ese hombre que partió con Colon hace un año prometiendo volver, y ni ha vuelto ni siquiera ha mostrado su gratitud á su generoso protector, porque al volver á España de regreso de su primera expedicion quiso traerle y desertó para no volver porque quiere mi ruina. La sed de venganza me ha obligado á tomar este traje, á proporcionarme un puesto en la servidumbre de Colon y á arrosstrar las inclemencias del tiempo y las veleidades del mar para buscar á ese hombre y demostrarle «que quien á hierro mata á hierro muere.»

Ahora que ya me conocéis, oid de qué manera he conocido á doña Esperanza, y sabed además algunas noticias que os sorprenderán de seguro, que aumentarán vuestra tristeza, pero que no tengo más remedio que daros, porque vuestra amada, creyendo que

habeis tomado las resoluciones de buscar el olvido en paises lejanos:

—«Si le encuentras á bordo,—me dijo al despedirse de mí,—revélale cuál es mi estado.»

—Hablad, hablad por compasion,—exclamó Américo.

—En la mayor pobreza, despues de haber agotado todos los medios para que me amparasen algunos parientes, resolví descender á desempeñar el oficio de camarera con el fin de ganar el sustento y aguardar á que el malvado que me ha impuesto tan doloroso sacrificio regresase á cumplir su promesa.

Doña Esperanza oyó mis ruegos y me admitió á su servicio.

No tardé en conocer su buen corazón y le confié mi historia, logrando interesarla en mi favor y tratarme más como una amiga que como una criada.

Vos acababais de partir y no tardó en encomendarme la mision de averiguar vuestro paradero,

Yo conseguí saber que habiais partido á la córte, pero nadie pudo darme cuenta del objeto que á ella os llevaba.

Trascurrió el tiempo.

Doña Esperanza pasaba toda la noche en triste insomnio y durante el dia en la soledad.

Su esposo llegó á notar su estado, pero sin poder explicarse la causa.

Un dia me llamó Doña Esperanza.

—«Isabel, Isabel,—exclamó,—necesito vuestro amparo.

—¿El mio, señora?

—«Sí; es preciso que averigües á toda costa el paradero de Américo Vespucio y emplees todos los medios para hacerle venir de incógnito. Tengo que revelarle un secreto y pedirle su amparo, porque cuando mi esposo llegue á saber mi deslealtad, mi crimen, me matará y entónces, ¡ah! entónces cometerá un doble asesinato.

Estas palabras horrorizaron á Américo Vespucio.

—¿Estaba en cinta?

—Sí.

—¿Y vos me buscásteis?

—Hice cuanto me fué posible para averiguar vuestro paradero: todo el mundo lo ignoraba. Habiais salido de Barcelona, pero nadie sabia el rumbo que habiais tomado.

Doña Esperanza queria pedirlos que la sacarais del lado de su esposo y la ocultaseis de las miradas de todo el mundo. Yo no cesé de dar pasos para buscaros, y una noche, noche fatal, estábamos las dos en su aposento pensando qué haríamos para salvarla del inminente riesgo que corria, cuando de pronto se apareció á nuestra vista como un fantasma amenazador el indignado esposo, que con severo acento y sombría mirada:

—Salid al punto de mi casa,—me dijo.

—Y vos,—añadió dirigiéndose á Doña Esperanza, —teneis que darme cuenta de mi honor.

Yo partí atemorizada.

Si nos habia escuchado, tenia motivo para saberlo

todo y entónces, ¡ah! entónces la muerte de mi ama era segura.

—¿No la defendisteis?

—No tuve más remedio que obedecer las órdenes de don Alfonso; pero aunque salí de la habitacion no abandoné la casa, y detrás de la puerta asistí á la terrible escena que allí tuvo lugar.

Doña Esperanza se arrojó á los piés de su esposo.

—«Matadme por piedad,—le dijo,—soy una miserable, he delinquido, he arrojado por el suelo vuestro honor, lo he pisoteado, soy indigna de lástima. ¡Por Dios! matadme, matadme, sino quereis que el dolor me mate á vuestra vista.

—«No,—exclamó don Alfonso,—no quiero matarte. El fruto de ese amor criminal, que balle en vuestras entrañas es inocente. Dios no me perdonaria su muerte. Vivid, vivid para que él nazca; pagad la deuda que le debéis dándole vuestro seno: despues que ya no os necesite, sufrireis mi castigo. En este instante quedan rotos para siempre los lazos que nos han unido. Yo debí comprender que esto me sucedería; porque quien siembra beneficios en corazones ingratos recibe en pago llanto y amargura. No os perdono, no puedo perdonaros; vuestro castigo será mayor queriendo, como quiero, que volvais al lado de vuestros padres, para que allí, en su presencia, sufrais su abominacion. Os dejaré á su lado, y partiré, partiré para ocultarme en la soledad, en el retiro, hasta que llegue el dia de mi venganza, hasta que pueda clavar

este puñal en vuestro seno y sepultarle despues en el mio. Os condeno á vivir.»

Don Alfonso partió sin verme, y yo pude entrar á prestar socorro á doña Esperanza.

Me comunicó las órdenes que acababa de recibir de su esposo, y con lágrimas en los ojos, de rodillas:

—Buscad á Américo Vespucio, buscadle por Dios, referidle lo que me pasa, y decidle que si quiere salvar á su hijo, al ménos que me busque: voy á Florencia. En la casa de mis padres me hallará si Dios quiere.»

Yo partí á obedecer sus órdenes.

Dos dias despues debia salir la escuadra de Colon.

Pensé en mí antes que en doña Esperanza, y tomando este disfraz procuré entrar al servicio del almirante.

¡Dios ha querido que pueda cumplir la voluntad de mi infeliz señora, á quien no olvidaré nunca!

En cambio sólo os pido vuestra amistad, vuestra proteccion.

Américo quedó consternado al oír las noticias que acababan de darle.

Esperanza sufría, Esperanza era madre, y él, en vez de buscarla, se alejaba, iba á tierras desconocidas; ¡sólo Dios sabia el porvenir que le estaba reservado!

Todos sus esfuerzos para volver entonces eran inútiles.

Hubo un momento en que sólo pensó en la muerte como el único consuelo que le quedaba.

—No; tengo un hijo,—exclamó,—viviré para él, yo le buscaré, yo salvaré de la muerte á su madre, yo redimiré mi culpa.

Pero esta resolucion no amenguó en nada su pena.

Ni participaba de las alegrías ni de las zozobras de sus compañeros.

Lo único que deseaba era una ocasion propicia de regresar á las playas en donde por causa suya sufría la mujer á quien más amaba en el mundo.

Tal vez por esto su nombre, célebre despues en los fastos de la historia de América, permaneció oscuro en aquella segunda expedicion, en la que no representó más papel que el de simple soldado.

Pero habia prometido á Isabel Monteagudo ampararla, como una prueba de la gratitud que le debía, y estos eran los dos únicos móviles que le animaban en los momentos en que la escuadra de Colon tocó en el confin oriental de la isla de Haití.